

El juicio del 23-f

Hilo directo

«¡Todos a los autobuses!»

Fue una cabalgada, a galope tendido; quince defensas, quince turnos de solicitud de lecturas, quince responsabilidades ante el Consejo Supremo de Justicia Militar, en una sola sesión. No sin razón, algunos letrados patentizaron su queja porque «ya se ha leído todo, ya se han consumido todos los folios sumariales... y al llegar a los procesados de menor graduación, nada queda por aducir». Con todo, hubo ayer mucha literatura testimonial y los defensores asumieron cuanto hasta el momento se había escuchado en la Sala «para esgrimirlo, llegado el momento...» Con los capitanes Pérez de la Lastra, Lázaro Cortáez y Bobis se terminó la «fila primera» de procesados. Y se pasó a la segunda. La que un día llamé del «un, dos; un, dos... y ¡todos a los autobuses.»

Hubo letrados defensores que orientaron acertadamente su estrategia hacia «la obediencia debida». Otros, con más entretelas bajo sus togas, pretendieron internarse en la excursión de «motivaciones de hartazón e indignación por el estado de cosas del país», y reiteradamente demandaron la lectura del archifamoso «balance terrorista» que publicó «El Alcázar» antes del golpe. Parecía que asistíamos a una operación «moviola». Dos, tres, no sé cuántas veces, la misma escena: «Denegada la lectura.» «Con la venia, excelentísimo señor presidente, hago constar mi más respetuosa protesta a efectos de recurso de casación.» «Conste en acta la protesta.» «Con la venia... para adherirme a la protesta.» «Con la venia... para adherirme por el mismo motivo...» Y así hasta el infinito.

• Para que ustedes, que no están allí en la Sala de Justicia de Campamento, se hagan una idea les dibujaré algunas escenas de lo que debió ser el barullo de recluta apresurada de voluntarios para el «tejerazo». Lo cuenta, escogido así al vuelo, el teniente Blanco Hernández, de la Guardia Civil: «El capitán inició la revista de armamento anunciada, él por un lado de la fila y yo por el otro...; entonces llamaron al capitán... Cuando volvió vino también el coronel Manchado, dejamos de pasar la revista, ordenó descanso y empezó a hablar, pero de una manera imperceptible... Yo oí algo así como que «la Patria está en peligro»... pero no oí más porque me fui a cerrar una puerta que estaba abierta... Hubo algunas voces que decían «¡que no se oye!», y alguno gritaba: «¡todos, todos!», yo no sé por qué lo decían. Acto seguido se dio orden de romper filas. Vanos sargentos, y yo mismo, nos dirigimos entonces al capitán Torres Villar para preguntarle qué ocurría. Pero el capitán nos contestó que él «tampoco lo sabía»... Al poco tiempo se oyeron voces de «¡rápido!, ¡todo el mundo a los autobuses!»... Al ver que todos se iban me incorporé al último de los autobuses, preguntándole antes al oficial de servicio: «Pero ¿adónde vamos?» «¡Tú sube... que también va el capitán... y lo ha ordenado el coronel!»»

O la reflexión mental que se hacía, ya en el autobús y camino del Congreso, el cabo primero Andrés Alférez «... yendo con el capitán Abad, seguro que vamos a algo justo.» O

el propio capitán Abad, que desde hacía tres días no había dormido y que en el bolsillo llevaba un billete de avión para Munster (Alemania), donde tenía que participar en un curso de «protección vial» y 40.000 pesetas de dietas, «porque el 24-F emprendía el viaje». O el capitán Muñecas, a quien Tejero apremia con que «hay un problema serio en las Cortes... acude con hombres allí»... Y, ya en el Congreso, le dice «es un servicio para pro-



Los abogados Escandell, Hermosilla y De Miguel durante la celebración del juicio

teger al Rey... hay que evitar que suceda lo que en el Parlamento vasco». O el guardia civil Marcial González Molina, de Valdemoro, que al ir a municionar su cetme comenta: «¡Pero estos cargadores no sirven para estos cetmes!» Y su provisor le responde «¡no importa, hombre, nosotros vamos para hacer bulto!»... O el guardia civil de 2º, Jacinto Domínguez, que también estuvo en la revista de armas del Parque de Automovilismo y escuchó la «arenga» del coronel Manchado: «Nos dijo que España estaba en peligro. Que quien quisiera salvar a su Patria diera un paso al frente... y el que tuviese problemas que no lo diera.»

• ¿Para qué seguir? Sería sobreabundar en dos hechos evidentes que, con toda seriedad, quiero dejar subrayados: una obediencia y un sentimiento patnótico incuestionables en los hombres que siguieron a Tejero. Y una peligrosísima facilidad para movilizar tropas armadas sin orden ni concierto. Dos realidades que tanto eximen a los subordinados cuanto responsabilizan a sus jefes. Claro que, en este punto, debo intercalar un «flash», traído a cuento por el letrado Salva Paradela, defensor del teniente Álvarez, de la Guardia Civil. (Según la doctora Echave, este teniente fue quien dijo lo de «¡las manitas, quietas!»; y también, según ella, «el que en algunos momentos se mostró agresivo y nervioso, hasta el punto que el capitán Bobis hubo de acudir a tranquilizarle...») El letrado Salva Paradela insistía en que se leyera «el importantísimo folio 6.243...» donde el señor fiscal togado adopta una actitud doctrinal... sobre «la obediencia debida»... arguyendo que entre los asaltantes hubo quienes se prestaron libre y voluntariamente y no obedeciendo a sus

mandos naturales... y más teniendo en cuenta la veteranía de muchos de ellos en el servicio...».

• Y termino con una respuesta obligada. Ayer se nos leyó una carta que el 13 de marzo escribió, desde Valencia, el coronel Ibáñez Inglés al director de A B C, por un escrito mío «Otros flecos de la espiral...». Se quejaba, con cortesía y hasta enviándome «el testimonio de su consideración más distinguida», porque al narrar yo la escena telefónica entre él y Tejero en el Congreso el 23-F había afirmado que Ibáñez Inglés recomendó a Tejero, refiriéndose a Alcalá Galiano —desarmarlo—. Aconsejado, y bien, por Miláns del Bosch, no envió la carta. Pero ayer, ya digo, se leyó en la sala. Debo decir, pues, que no soy yo, sino los testimonios escuchados del teniente coronel Aguilar Olivenza y del propio general Alcalá Galiano, quienes corroboran mi relato. Primero, el ayudante de Miláns del Bosch, Mas Oliver, dijo a Tejero: «A Alcalá Galiano mándalo a hacer p...». Y después, Ibáñez Inglés: «Debes reducirlo y desarmarlo.» Por cierto que Alcalá Galiano, que estaba a la escucha, desde otro teléfono

próximo, le comentó «¡Hombre, Diego! ¡Vaya recomendación para un amigo!» En esa misma carta, el coronel Ibáñez afirma «no conocer personalmente a Tejero». Y yo me pregunto, ¿cómo, pues, Tejero, al telefonarle en otro momento de aquel 23-F, se dirigió a él, superior en graduación, tuteándole y llamándole «Diego»? ¿Y cómo el «desconocido» Tejero, a la hora ya nocturna de dar la preciada contraseña «Duque de Ahumada», para Armada, en vez de telefonear a éste, que estaba en Madrid, prefirió llamar a «Diego» a Valencia? Esperemos que el lunes empiece a abrirse la caja de los enigmas, que va a ser algo así como... la caja de Pandora —Pilar URBANO.